I

# EN LA ESTEPA

Acababa apenas de extinguirse el resplandor del fogonazo, cuando el tren se puso en marcha.

El relámpago que nos deslumbrára durante un instante, procedía del inofensivo magnesio, con el que nos despedía "La Semana Ilustrada," á la que indignamente representada, nos hubimos de comprometer á informar desde el Norte.

Así, pues, volábamos hacia el teatro de la guerra, ansiosos de llegar al lugar de los sucesos, en donde nuestra imaginación reporteril fingía por adelantado crónica inacabable de una epopeya épica, que satisficiese de modo completo, junto con nuestra incipiente fama, las exigencias más radicales de empresa alguna.

Con tales pensares, y encajonados en la incómoda litera, transcurrió nuestra primer noche de encierro ferroviario, mecidos al isocróno compás del rudo batir del acero contra el acero, con **allegros** jadeantes y opacos calderones del bronco silbido de la locomotora que hacia la Verdad nos arrastraba.

Al siguiente día, el paisaje, en plena estepa, desfila con rapidez cinematográfica, sin acusar otro relieve, durante largas horas, que el de los míseros arbustillos que finjen las más variadas y curiosas figuras en aquellos interminables pedregales incultos.

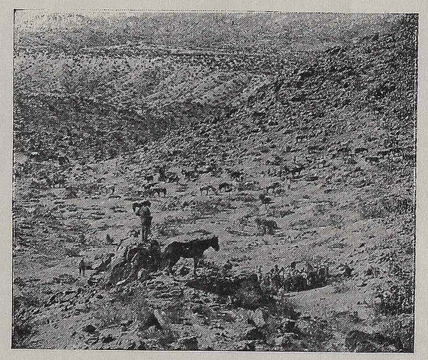
Limitado, allá en el lejano horizonte por una soberbia sierra de jorobas plutónicas y hondas cañadas, cual muralla, interpuesta entre la imaginación y el deseo, sigue imperturbable, mostrando su irregular conformación, hasta Vanegas.

Luego, de modo brusco, la sierra se interrumpe mansamente, muriendo en unos insignificantes cerrillos, mengua de sus poderosas crestas de poco há.

La visión, á partir de este momento, se hace cada vez más árida y monótona.

Algún perdido ranchito de adobes, perspectivas de aduar, pobladas de arbustillos y matas enanas, sin vislumbres de oasis que pueda brindar descanso al viajero.

Luego, estaciones y más estaciones, pueblos, siempre de adobes, cuya única



distracción parece consistir en el paso del convoy, única cosa también, que parece despertarlos de su sonnolencia consuetudinaria.

Los **chamacos**, invariablemente, se suben á los estribos del wagon, y os hacen un delicioso mohín desvergonzado, que deja al descubierto la blanca y fuerte dentadura.

Sin dejar de sonreir, como satisfechos de su hazaña, apéanse y bien pronto el deteriorado **jarano** conviértese en punto imperceptible y oscilante, que esfuma la distancia.

En cambio, las mujeres, acompañadas de sus chamacas, os contemplan, al pasar, gravemente, con algo del antiguo orgullo indio.

Llamea en el fondo de la profunda y rasgada pupila, austera majestad, que parece de improviso, trocar en galas pintorescas, los míseros andrajos de que se visten...

Se llega á Gómez Farías (847 kilometros de México) y el semblante compungido de los empleados del tren, junto con algunas medidas de precaución de los viajeros, nos hacen saber que vamos á ser detenidos por fuerzas insurgentes.

El tren que cruzó con nosotros, lo fuéra, en éste mismo paraje por la partida de Silverio Hernández, unos cuatrocientos hombres perfectamente equipados.

Abrénse las puertas, el corresponsal se apresta á desflorar su virgen carnet, el fotógrafo á enfocar y... vuélvese á reanudar la marcha con la noticia de que los revolucionarios están en una hacienda cercana.

Se nos asegura que en Saltillo, recibiremos su visita de inspección.

Saltillo, con ó sin rebeldes, resulta muy pintoresco, dada su situación en el fondo de un frondoso valle, teniendo por marco, vasto anfiteatro de enhiestas cumbres.

Con gran sorpresa nuestra, no hay revolucionarios tampoco en Saltillo.

A partir de ésta población, mejoran las cosas, volviendo á reaparecer las cumbres, que bordean la vía férrea, permitiendo al viajero disfrutar del encanto de su imponente aspecto.

Cae la tarde. Se cierne sobre ella toda la inmensa pesadumbre de la tristeza crepuscular.

Hacemos alto.

Es Santa María, una estacioncita á 927 kilometros del Zócalo, especie de aldea perdida entre las abrupteces de la sierra.

En una línea muerta, cuatro ó cinco vagones constituyen la población entera que allí vive feliz, lejos del mundanal ruido.

Al pie de uno de ellos, todo el menaje de aquellos pintorescos interiores, sufre las ventajas de rigurosa limpieza y ventilación, mientras en el suelo, al amor de un buen fuego, hierven apaciblemente varios jarros y ollas.

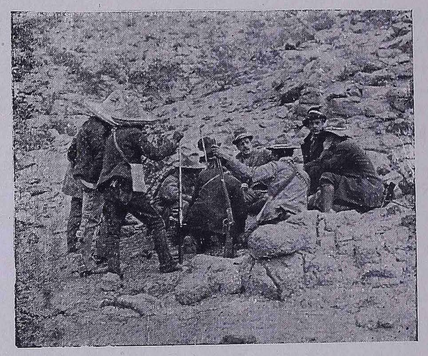
Abierto el ventanaje, los colchones muestran sus anchas franjas de chillona cretona, y una preciosa criaturita, en brazos del propietario de toda aquella riqueza por el suelo dispersa, nos contempla, abriendo la **chamaca,** inmensamente, sus ojazos, en los que refléjase el asombro, ese asombro infantil grave y profundo, para el que parece no existir el misterio.

Llegamos á Ojo Caliente. Cuatro casuchas, desplegadas en guerrilla, y por fondo, un altísimo picacho forman el cuadro, al que en vano encuentra justificación ó analogía, con su nombre, el inquisitorial cronista.

Dos ó tres hermosas muchachas corren á acercarse al tren mucho antes de que éste se haya detenido, y al partir, quédanse formando cadena, muy pensativas, como si el diario espectáculo, á hora fija, fuera para ellas una decepción incesantemente renovada.

¿Cuándo pasará por la lejana estepa el príncipe de los dorados ensueños de esas pobres vírgenes montaraces?

Nunca, probablemente, lo cual no impide que ellas vayan á esperarle todos los días.



El tren sigue todavía deslizándose por entre gargantas terroríficas, y pronto el crepúsculo funde en sombras polícromas, predominando el violado, perfiles y detalles que muy en breve conviértense en uniforme negrura, que lo borra todo.

A las nueve de la noche se llega á Monterrey.

Inquirimos noticias; nada nuevo, todo está tranquilo.

La lectura del "Monterrey News," sólo nos proporciona datos fiambres, y como tales, de ninguna utilidad.

El calor es sofocante. Ni una bocanada de aire fresco; reina esa caliginosa calma precursora de la tempestad, que en la lejanía incendia de vez en cuando, el oscurísimo firmamento con el magnífico destello del rayo.

Huyendo del calor que nos ahoga, corremos á refugiarnos al último vagón en donde apoyados sobre la barandilla, apénas si acertamos á distinguir, en medio de la negrura, las dos cintas de acero, sobre las que el rojo farol, colocado á nuestros pies, arroja reflejos sangrientos.



A intervalos regulares, con precisión matemática de batería que se dispara, una inmensa llamarada sube al cielo y parece incendiarlo todo, haciendo palidecer la luminosa y titilante guarnición de constelaciones, del alumbrado público, de cuyo centro, ella emerje soberana y deslumbradora.

Es la fundición de Monterrey. Durante mucho tiempo, y gracias á la planicie, también inmensa, contemplamos ensimismados la lucha entre las dos tempestades.

Cuando la fundición se apaga, la Naturaleza enciéndese.

Y en medio de ese casi continuo incendio, que presta tonos trágicos á la asfixiante noche, el tren, imperturbable, corre hacia la frontera.

Otra noche de insomnio encerrado en la famosa litera, donde no penetra el aire, mecido al insocrómo compás del entrechocar del hierro contra el hierro; toda una audición de esa sinfonía extraña que vuelve la cabeza loca. Ahora, en este momento, diríase que suena á infernal estrépito de quincalla ó bisutería rota...

Nuevo Laredo es la próxima parada.

Inspección y reportaje detallado, seguidos de larga espera, antes de cruzar el puente.

Parece ser obra de romanos eso de atravesar perezosamente un puente internacional de madera. A nuestra izquierda, otro segundo puente, de hierro, une ambas ciudades.

Del lado mexicano, se divisa un grupo de soldados de caballería federal bañando el ganado, en el "Bravo," sobre el que flotan cendales de bruma azulada, anuncio de fresca y luminosa mañana.

Al fin, se pone el tren en marcha. Un soldado yankee, rígido, inmóvil, con el fusil al hombro, nos recibe á un extremo del puente.

Estamos del otro lado.

---